

TESTIMONIO SOBRE MARCELINO LEGIDO LÓPEZ (1935-2016)

Por Jesús D. Bayo Mayor, Hermano Marista (Salamanca, 27 de abril del 2024)

Conocí a Marcelino Legido en un retiro que nos dio con motivo del adviento de 1975 cuando yo era un religioso marista recién profeso y estudiaba en Salamanca. Varios Hermanos Maristas y jóvenes estudiantes íbamos con frecuencia al Cubo de Don Sancho a colaborar en actividades con jóvenes y niños. Allí estaba de “cura rural” Marcelino Legido y era para nosotros un profeta inspirador del servicio a los pobres y de renovación eclesial.

Recuerdo que él se presentaba como “un cura rural en los confines de la diócesis”, título que consideraba con honor, porque buscaba siempre “descender” más abajo y estar con los marginados de la tierra. Quiero poner de relieve en mi testimonio sobre Marcelino Legido cuatro aspectos que me impactaron en su persona: su oración, su humildad, su lucidez y su coherencia de vida. Considero que fue un privilegio conocer a este hombre santo y sabio, místico y asceta, sacerdote y profeta.

a) Maestro espiritual y guía de oración

Para corresponder a nuestra humilde colaboración en su parroquia, Marcelino accedía a impartirnos retiros cuando se lo solicitaban los Hermanos que dirigían nuestro numeroso estudiantado conformado por unos sesenta religiosos jóvenes, estudiantes de magisterio, pedagogía, psicología, teología y otras disciplinas. Marcelino aceptaba casi siempre la invitación a dirigirnos los retiros, los cuales eran impactantes y novedosos.

El primero de los retiros que recuerdo en el adviento de 1975 versaba sobre el “tema de la oración”. Marcelino empezó disculpándose porque él “no era especialista en ese tema”. A continuación, nos invitó a meditar sobre el Padre nuestro. Confieso que fue la explicación más clarividente que yo he escuchado sobre la oración dominical. Siguiéron otros retiros igualmente sustanciosos sobre temas bíblicos, con la exigencia de oración personal y con la persuasión del místico predicador. Experimentábamos en aquellos retiros la coherencia y la humildad del asceta y del profeta, el predicador que inspiraba con su vida. Personalmente, pude valorar la talla de un gran maestro espiritual que brillaba por su sabiduría y humildad.

En algunas temporadas que pasé con Marcelino en Cubo de Don Sancho rezábamos juntos en una capillita que tenía en su humilde aposento. Recuerdo que el recinto tenía luz cenital porque no había ventanas, ya que había sido estancia para guardar animales. Después de acomodar para vivienda aquel lugar, Marcelino habitaba allí, rezaba y estudiaba en aquella pobre casa que él consideraba como Nazaret... Recuerdo que su oración se centraba en la Sagrada Escritura: en la meditación de salmos y textos bíblicos.

Él solía utilizar un Nuevo Testamento en griego para meditar, el cual tenía subrayado y con notas marginales. En cierta ocasión, imaginando yo que el secreto de su profunda oración estaba en la versión griega, me atreví a pedirle que me regalase su biblia. Para sorpresa mía, respondió que gustoso me la regalaría si su biblia me ayudaba a orar. Luego, pensando bien el asunto, agradecí su oferta y me avergoncé por mi atrevimiento, considerando el exiguo conocimiento que yo poseía del griego. La clave de su oración no estaba en la versión griega de la biblia sino en la escucha atenta de la Palabra y de los signos de los tiempos.

Marcelino Legido nos recordaba que el discípulo de Jesús debía ir por el mundo sin alforja, con los pies descalzos y el evangelio en las manos. Otros temas de sus retiros que mucho me impactaron fueron las bienaventuranzas, la vocación, el discipulado y la pasión del Señor. La Sagrada Escritura estaba en el centro de su vida y de su predicación: la lectura, el estudio, la meditación, la oración y la puesta en práctica vivencial de la voluntad de Dios.

En los tiempos litúrgicos fuertes, con motivo del adviento y la navidad, de la cuaresma y la pascua, solía escribir temas de meditación y reflexión que distribuía entre los parroquianos y amigos. Durante muchos años conservé algunos de esos temas en hojas multicopiadas que a veces le habíamos ayudado a imprimir en el mimeógrafo.

Al presidir la celebración de la eucaristía y en sus homilias, Marcelino manifestaba mucha mansedumbre y humildad, se expresaba con palabras sencillas accesibles a los campesinos que acudían a la iglesia y denotaba bondad al predicar. No solo expresaba la verdad con las razones de su inteligencia, sino que hablaba de corazón. Recuerdo con especial intensidad alguna de las Navidades que pasé en Cubo de Don Sancho. El misterio de la encarnación era palpable no solo en el memorial eucarístico sino en la vida de Marcelino, cercana al misterio del pesebre. Se hacía realidad la condescendencia divina y la misericordia del Verbo encarnado que acampó entre nosotros. En Semana Santa la experiencia también era muy intensa porque Marcelino conocía de cerca el misterio de la Cruz.

b) Un sacerdote sencillo, humilde y alegre

Ya he aludido antes a la sencillez con la que me ofreció, sin mayor resistencia, su Nuevo Testamento en versión griega. Su talante humilde y sencillo se notaba en su forma de vestir y en su compostura. Se presentaba como “un cura rural” y vestía como un aldeano. Cuando viajaba solía cubrir su cabeza con una gorra, y llevaba una vieja cartera de cuero.

Recuerdo que su comida y su bebida eran muy frugales, y su vivienda prestada era pobre. No le faltaba el humor cuando alguien aludía a su ascetismo, pobreza y templanza. Decía con gracejo: “Vosotros sois como el Hijo del Hombre que come y bebe; yo soy como Juan el Precursor que ayuna en el desierto”.

Sus opciones de vida fueron radicales con el fin de estar con los más pobres, y su decisión fue por motivos evangélicos y no políticos ni sociológicos. Marcelino pudo haber sido gran teólogo, intelectual, profesor, escritor... Sin embargo, renunció a todo para ser cura rural, un místico y profeta que clamaba en el desierto. En ocasiones podía parecer ingenuo, ajeno a las cosas materiales, poco aterrizado, idealista, teórico utópico... pero conocía la realidad no solo por el estudio sino con la profundidad que da la experiencia.

Era sensible a los problemas sociales de su entorno y su época, pero no mostró agresividad ni violencia al denunciarlos. Exponía sus puntos de vista como quien anuncia la verdad con sencillez y humildad; exponía con la sonrisa en los labios y recibía las preguntas y críticas con una carcajada original que le distinguía, una risa entre irónica, pícaro e ingenua.

En una ocasión, me pidió que me quedara en Cubo de Don Sancho para atender a los niños y formar un proyecto escolar alternativo. Marcelino consideraba importante el arraigo de la gente y de los niños en los pueblos rurales, pues durante la década de 1970 se vivía con intensidad el éxodo del campo a la ciudad.

Mis superiores no me dieron permiso para realizar esa misión en aquel momento, y luego fui de misionero a Chile. Marcelino aceptó con sencillez mi negativa, pero humildemente prosiguió solicitando Hermanos Maristas para colaborar en el proyecto educativo que por fin sería apoyado por algunos Maristas durante algún tiempo. Marcelino también promovió otros proyectos para vitalizar el mundo rural, los cuales no siempre tuvieron final feliz, lo cual aceptaba Marcelino con humildad y como signo de contradicción.

c) Un pensador y un profeta, un sabio y un místico

Los estudios que realizó Marcelino durante su vida y los diplomas que obtuvo demuestran que era un hombre inteligente. Sus conocimientos los compartía con claridad en sus clases, charlas, explicaciones y retiros. Era ameno en sus exposiciones y muy pedagógico. Todavía no existían las diapositivas ni los esquemas de *power point*, pero él realizaba síntesis muy claras en el pizarrón con una letra impecable. La misma claridad y capacidad de síntesis se aprecia en sus libros y en los artículos que escribió, tanto para el mundo académico como para el pastoral. Demostró también su capacidad intelectual en las traducciones que hizo del alemán al español. Sus análisis de la realidad social y eclesial eran muy claros y profundos.

Su sabiduría no era solo erudición intelectual, sino que manifestaba conocer la verdad según la sabiduría bíblica, la de los libros sapienciales y proféticos. Marcelino no fue un sabio de escritorio, sino un profeta y un místico que conocía por experiencia los misterios de la Misericordia del Padre, de la Verdad del Hijo, de la belleza y la verdad del Espíritu Santo. No fue solo un estudioso sino un sabio oyente y un apasionado amante de la Palabra de Dios. Algunos criticaron sus decisiones, pues consideraban que “podría haber sido más útil” como profesor de teología en la universidad. Otros criticaron su compromiso social con los más pobres y con el mundo rural marginado.

Personalmente, recuerdo los acertados análisis que hacía de la realidad económica, social, cultural, política y religiosa de la época. No faltaba quien veía en sus exposiciones cierto acercamiento a los análisis marxistas. Sin embargo, siempre quedaba muy claro que su lupa para observar la realidad era el evangelio, lo cual se ratificaba con el testimonio de su vida. Lo mismo sucedía cuando analizaba la realidad eclesial: sus críticas nunca eran ácidas sino que proponía nuevas respuestas para los problemas emergentes. Se percibía en sus palabras y en sus gestos la caridad pastoral y el amor a la Iglesia, lo que demostró al dedicar tantos esfuerzos en la formación y acompañamiento de los sacerdotes de Castilla y León.

Su sabiduría también tenía un componente místico. Recuerdo que una vez le acompañé en un viaje para visitar el monasterio de las carmelitas de Cabrerizos. Luego fuimos como peregrinos hasta Alba de Tormes, Arévalo, Fontiveros y Ávila. Fue una peregrinación para conocer mejor a santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, a quienes tenía gran devoción.

Los libros y artículos que escribió, las traducciones que hizo de obras teológicas, son buena muestra de su capacidad intelectual y de su sabiduría. Lo mismo hay que decir respecto a la preparación de sus homilias, retiros y conferencias. Además, compartía con sencillez toda su sabiduría mediante conversaciones y exposiciones de forma amena y pedagógica.

d) Un hombre coherente consigo mismo y con el evangelio

Este aspecto es el más impactante para mí. Decidió vivir en el mundo marginal rural y fue coherente. Predicaba el misterio de la encarnación, meditaba la pobreza de Jesús en Belén y Nazaret, y él vivió pobremente en Cubo de Don Sancho. Predicaba la vida integrada en la oración y el apostolado, y él supo armonizar una acción pastoral intensa con una profunda vida de oración en la soledad de su oratorio y de los monasterios a donde se retiraba.

Renunció a una promisoriosa y honrosa vida académica como profesor universitario para elegir seguir al Señor como cura rural. Estudió artes y letras, filosofía y teología, pero renunció a ser profesor en la universidad para hacer del pueblo su lugar de aprendizaje y para propiciar nuevos modelos pedagógicos y pastorales.

Predicaba el misterio de la cruz y supo cargar con ella como cireneo de Jesús. Algunos consideran la cruz un signo de necesidad y escándalo, pero él la experimentó como sabiduría y fuente de gracia. Cargó con la cruz de la enfermedad, la incompreensión, las debilidades, la duda y la incertidumbre.

Aunque hay diversos matices evangélicos durante las etapas de su vida, creo que mantuvo siempre la tónica de su opción radical. Su fuerza apostólica y misionera estaba iluminada por el texto bíblico de Isaías, elegido también por Jesús para su misión: *El Espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha consagrado. Me envió a traer la buena nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver, a despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor* (Lc 4, 18-19).

Recuerdo un retiro sobre la misión apostólica en que nos interpelaba y cuestionaba nuestra tibieza en el seguimiento de Jesús, incluyéndose el mismo, porque no éramos perseguidos. Las pruebas del verdadero testimonio son la persecución y la contradicción: *El discípulo no es mayor que su maestro, ni el sirviente es más que su patrón... Si al dueño de casa le han llamado demonio, ¿qué no dirán de su familia!* (Mt 10, 24-26).

Creo que durante la última etapa de su vida, Marcelino Legido tuvo la gracia y el privilegio de asemejarse a Jesús como “Rostro Desfigurado”, del que hablaba elocuentemente cuando predicaba sobre la Pasión. Visité por última vez a Marcelino el año 2011 en la Residencia Sacerdotal de la Casa de la Iglesia, Salamanca. Aunque conservaba su ingenua sonrisa de niño, pude apreciar su deterioro y sus limitaciones que lo hacían un anciano dependiente. Al parecer, el Señor le concedió la gracia de estar entre los más humildes y desvalidos para asemejarse a Cristo crucificado.